

## Teatro

### El milagro del lenguaje escénico

#### 'EL PRINCIPITO'

Autor: Antoine de Saint-Exupéry / Dirección, versión, escenografía e iluminación: Roberto Ciulli / Reparto: José Luis Gómez e Inma Nieto / Escenario: Teatro de La Abadía. Calificación: ★★★★★

JAVIER VILLÁN / Madrid

Este famoso libro de Antoine de Saint-Exupéry siempre me ha parecido un texto antiteatral. Es el libro de un aviador que ve el mundo desde las nubes, lo cual impone una óptica deformante y lejana de la realidad; estar en las nubes: abstracción, metáfora, lirismo evanescente. Eso quiere decir que esta pequeña joya de la Abadía tiene mayor mérito: hacer teatro del antiteatro.

Llevar eso a escena es complicado, al menos que haya un principio ordenador de tan complejos elementos. Y aquí lo hay: Roberto Ciulli y su capacidad para visualizar ideas y metáforas. Y un soporte actoral, José Luis Gómez, muy bien acompañado por Inma Nieto.

El protagonista de este montaje no es un niño vagabundo e inocente por los reinos del sueño y la sorpresa; es un hombre de vuelta de todo sin haber perdido la inocencia y la melancolía: el propio Antoine de Saint-Exupéry,

aviador y aventurero por la vida y por los distintos campos del conocimiento. La biografía de Saint-Exupéry se mezcla con la vida de El Principito, el niño que el escritor-aviador llevaba en el corazón. *El Principito* es el tercer libro más vendido del mundo después de la Biblia y de *El Capital*; éste también podría ponerse en escena, aunque eso parece más arriesgado; pero en la voz y el gesto y los silencios de José Luis Gómez todo es posible.

Para magnificar la excelencia de un actor se ha dicho: «es capaz de encandilar al público leyendo la guía de teléfonos». Pues eso le ocurre con *El Principito* a José Luis Gómez y a Inma Nieto, digna copartícipe de la aventura. Es un texto lírico, desvelador de muchos de los secretos de hombre y encubridor de otros. No es un libro para niños y mucho menos una representación teatral para niños.

*El Principito* se publicó en 1943, un año antes de la muerte del autor, que vivió en el peligro constante y murió en el misterio; desapareció con su avión. El arriesgado aviador, joven y enfermo, esperaba que un día lo derribasen en combate y no tener así una muerte convencional: fin de una vida atormentada. Y plena:



Inma Nieto y José Luis Gómez, en la representación de 'El Principito' en La Abadía. / KIKO HUESCA / EFE

#### Hay tantos matices en Inma Nieto y José Luis Gómez como personajes

«no habrá nada de lo que me arrepienta». Una conciencia tranquila, que, al menos en *El Principito*, se plantea más preguntas que repuestas.

La tarea escénica empieza,

pues, por visualizar estados de ánimo, por buscarle encarnadura a una teoría del mundo plural e indagatoria: el poder, la amistad, el amor, a partir de símbolos o de realidades frágiles y lejanas: las estrellas por ejemplo, una rosa con espinas, los innumerables y pequeñísimos reinos en que la tierra está dividida. Son reinos deshabitados en los que no caben ni siquiera el narrador y su reflejo.

Espléndido trabajo de desdoblamiento: el niño que manda sobre dos volcanes y una flor recoge el mundo para encontrar un

amigo. Hay tantos matices en Gómez y Nieto como personajes aparecen. Un rey, una serpiente, un farolero... y muchos más. Ese principito es el álgar ego de Saint-Exupéry, y José Luis Gómez asume esa alteridad interiorizándola. Regreso a la infancia, el único mundo propio, la única patria. Al final, Saint-Exupéry alcanza su viejo anhelo visionario de volar en una bicicleta con alas, su primer invento. Y el ciclo se cierra: un pequeño príncipe y un aviador reivindican el valor profético de los sueños.